



**Una contribución desde Euskadi
al Plan D (Democracia, Diálogo y Debate)**

**10 claves para una nueva etapa en el
proceso de construcción europea**



A- EL PLAN "D" (DEMOCRACIA, DIÁLOGO Y DEBATE) Y LA CONTRIBUCIÓN DE EUSKADI

Las ilusiones generadas durante la Convención Europea y la posibilidad de contar por fin con una *Constitución Europea*, se vieron frenadas en seco tras los resultados negativos de los referenda en Francia y en Holanda. Esto ha hecho que el proceso de construcción europea se encuentre en una cierta situación de "parón".

Si bien es claro que en estos resultados negativos jugaron un papel muy importante cuestiones no relacionadas estrictamente con el proceso de construcción europea, como los procesos de globalización y deslocalización, las cuestiones de la inmigración y las políticas internas de cada país, es innegable que algo está pasando.

Por ello, la Comisión Europea decidió invitar a un periodo de reflexión y de trabajo activo a todos los niveles entre los distintos actores implicados en el futuro de la Unión Europea (administraciones públicas, organizaciones de la sociedad civil, sector privado, medios de comunicación, universidades y centros de formación, entre otros), a través de lo que se ha denominado el Plan "D" (Democracia, Diálogo y Debate).

Se trata de un debate sobre el futuro de Europa, con un objetivo claro: lograr un nuevo consenso político sobre las políticas necesarias para que Europa responda a los desafíos del siglo XXI.

Ha sido interés de la Comisión que este debate sea lo más amplio posible, con un número significativo de actos y aportaciones.

Euskadi, con su larga trayectoria de participación desde los inicios de la construcción europea, siempre ha trabajado por aportar y reflexionar a ese "ideal" europeo. Por ello, el Gobierno Vasco, a través de su Secretaría General de Acción Exterior, ha organizado las Jornadas EUROPA EN EL SIGLO XXI: VALORES, FRONTERAS y CIUDADANÍA EUROPEA: Una contribución desde Euskadi al Plan "D" (Democracia, Diálogo y Debate)", que buscaban responder a 3 grandes cuestiones:

1. ¿En qué medida existe un sentimiento de ciudadanía europea? ¿Qué valores compartimos?
2. ¿Es viable el modelo económico social europeo en la globalización? Si es así, ¿qué debemos hacer para reforzarlo?
3. ¿Hasta dónde deben llegar las fronteras europeas? ¿Cómo deben ser su política y relaciones exteriores?

Estas Jornadas tuvieron lugar los días 11 y 12 de abril de 2006 en el Auditorio del Museo Guggenheim de Bilbao. Para debatir sobre estas cuestiones se contó con la aportación de grandes expertos en la construcción de la Unión desde diferentes ámbitos (representantes políticos y de la administración pública, medios de comunicación, sociedad civil, sector empresarial y mundo académico) provenientes tanto de Euskadi como de otras partes de Europa. Se trata, por lo tanto, de una aportación hecha desde Euskadi pero que recoge algo más que el mero sentir de la ciudadanía vasca.

La metodología seguida en estas Jornadas ha sido estructurada en base a 3 paneles (uno para cada una de las cuestiones planteadas), cada uno de los cuales contó con una ponencia marco o general y la intervención de expertos bajo la forma de un debate animado por un moderador. En este debate participó asimismo activamente el público asistente, siendo éste uno de los resultados buscados desde el primer momento por la organización de las Jornadas, ya que se entendió que en este proceso de reflexión la participación de la Sociedad Civil es absolutamente imprescindible.

La vocación europeísta de los vascos fue resaltada por el Lehendakari del Gobierno Vasco en la inauguración de las Jornadas y, junto a esto, el hecho de que la identidad europea y el *European way of life* tienen como característica principal la enorme y rica diversidad, la multitud de fórmulas y modelos, de lenguas, de culturas y de derechos. La subsidiariedad, el federalismo y el regionalismo pueden ser la terna que permita combinar la preservación la diversidad en la unidad con la eficacia de la acción común y el Mercado Único.

Esta primera contribución al Plan D de la Comisión Europea supone al mismo tiempo y de forma paralela una reflexión sobre Euskadi y su lugar en Europa y sobre el modelo de la Unión Europea.

Las conclusiones obtenidas de este proceso de reflexión se ofrecen en la esperanza de que sean coherentes y consecuentes con las razones que han impulsado a la Comisión Europea a lanzar la propuesta de debate, y que sean tomadas en consideración, dando a su interlocutor, en este caso la región europea de Euskadi, la sensación de haber participado real y activamente. Es decir, se espera algún tipo de respuesta por parte de aquella, para que el Plan D se trate de un verdadero diálogo.

B- ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL PLAN "D", EUROPA Y EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Debate y diálogo: dos conceptos relacionados

Los tópicos del Plan D plantean la dificultad de distinguir entre "debate" y "diálogo", mientras que el concepto de democracia plantea menos dificultades terminológicas. El diálogo exige mayor implicación que la mera consulta. El debate se sitúa en un plano de desarrollo más avanzado, más crítico y constructivo del discurso.

El debate que se ha activado en Europa está siendo de corte constitucional y se ha nutrido de ideas propuestas en debates previos y de un diálogo institucional, pero hasta la actualidad no ha habido un diálogo entre la sociedad civil y la clase política. Además, no está claro si el foro adecuado para un debate a entablar en el seno de la sociedad europea puede ser institucional, o puramente local o liderado por los medios, o puede ser virtual.

El rechazo a la ratificación del Tratado Constitucional por una mayoría del electorado francés y holandés puede ser interpretado como una irrupción de nuevos protagonistas o interlocutores en el diálogo constitucional, voces que hasta entonces no habían encontrado cauce de expresión y no habían sido imaginadas por la clase política.

Climas y ambientes de crisis

Estos rechazos se evidencian igualmente en el descenso en el grado de identificación ciudadana con la integración europea y sobre todo con las instituciones comunitarias. Similar evolución se percibe en el sondeo relativo a las opiniones de la ciudadanía de la Comunidad Autónoma de Euskadi realizado por el Gabinete de Prospección Sociológica del Gobierno Vasco, cuyos datos se presentaron en las Jornadas, y que se adjunta a esta contribución desde Euskadi.

Se constata una sensación de ansiedad por la falta de rumbo, y hasta de orientación, de los líderes europeos (ausencia de visibilidad mediática especialmente en políticas como la exterior), por las distintas posturas

existentes sobre Europa y por la falta de un foro de diálogo y debate real, de una esfera pública europea.

Todas estas causas apuntan a una verdadera crisis de legitimidad. Sin embargo ello puede deberse también precisamente al hecho de que el proyecto de integración europea está intensificándose o al menos abarcando nuevas áreas y nuevos espacios. En una serie de políticas, como la PESC, la fiscalidad, el mercado energético, la innovación, la política de inmigración, la Agenda de Lisboa, los avances son muy limitados, con una retórica de actuación pero sólo en un plano de coordinación y buenas voluntades.

Sin embargo, la crisis actual no debe exagerarse, pues no es la primera que vive el proceso de integración (recuérdese la política de la “chaise vide” del General De Gaulle), ni será la última. Es preferible contemplarla como una oportunidad que permite reflexionar para redefinir la visión compartida.

La UE como una *success story* (historia exitosa) que debe avanzar en la participación de los ciudadanos y los pueblos

A pesar del clima de desencanto o cansancio, no debemos olvidar que la Unión Europea ha alcanzado verdaderos logros. Si existen colas en la Unión Europea, no son precisamente para salirse de ella, sino para entrar. Un mercado único con libre circulación y establecimiento de personas (trabajadores, profesionales y empresas), capitales y servicios que en 1964 acababa de echar a andar con seis fundadores, en 1994 tenía el doble de Estados Miembros, doce, algunos de ellos inicialmente reacios al Mercado Común, y en 2004 tenía veinticinco Estados Miembros, incluyendo muchos del antiguo bloque soviético. En doce Estados Miembros no precisamente colindantes funciona plenamente el euro, que a escala internacional comienza a emular al dólar. Como modelo de integración regional, es el polo referente para muchos procesos de acercamiento entre países de otras regiones del planeta.

Sin embargo, en su cuadro funcionalista faltan los protagonistas actuales, los ciudadanos y el Parlamento Europeo, verdadero locus de legitimidad. Se trataría ahora de relanzar el proceso y la estrategia de los pequeños avances, pero construyendo desde la ciudadanía, desde la sociedad civil (ONGs y asociaciones), desde los poderes locales y regionales y desde los factores productivos (representantes de la empresa, de los trabajadores, del accionariado), desde la iniciativa popular y no desde las élites (Consejo

Europeo, Convención sobre el futuro de Europa) y las altas esferas del poder. Faltaría una nueva forma de trabajar la integración desde la sociedad civil.

Valores, modelos y fronteras

La unidad, la libertad, la democracia, los derechos humanos, la diversidad, los derechos fundamentales y un modelo de redistribución e igualdad de oportunidades son algunos de los valores comunes en Europa. Esto es lo esencial del proceso de integración. Pero para lograrlo, para alcanzar un mínimo de eficacia en esa acción común entre 25 focos de decisión, será necesario abandonar el principio de la unanimidad y su corolario, el derecho al veto.

La diversidad se entiende como coexistencia de distintas tradiciones dentro del Estado. La diversidad es un valor al aportar riqueza y matiz; pero no es algo que se deba mantener artificialmente, ni homogeneizar por la fuerza, sino que evolucionará con la sociedad.

Detrás de la diversidad europea se percibe la historia de una civilización común, y eso aporta la sensación de unidad. No tiene porqué ser política ni religiosa, sino que reside más en el intercambio de ideas, de expresiones artísticas, de movimientos sociales, de soluciones institucionales, de derechos y tradiciones, de aquellos elementos de la excelencia que Europa ha exportado al mundo entero (arte, poesía y literatura, filosofía, música, pensamiento científico, corrientes políticas, los derechos humanos, el razonamiento jurídico, y recientemente el movimiento ecologista y el desarrollo sostenible, la socialdemocracia, la concepción de la seguridad y la paz como objetivo común, y de federalismo europeo y subsidiariedad respetuosa con la diversidad no solo de Estados sino de los pueblos que conforman Europa).

El valor de la diversidad vuelve a aparecer cuando se discute y debate sobre el modelo social en Europa, ya que en realidad se trata de la co-existencia de diversos modelos en plural. Los grados de autonomía de cada poder decisorio a la hora de adoptar decisiones sobre los modelos cambian, y en Europa están sobreponiéndose distintos grados de solidaridad y cohesión social, desde el Europeo comunitario, al estatal, descendiendo al regional e incluso al local.

Resulta pues difícil hablar de un “modelo social europeo” y, sin embargo, se sigue insistiendo en que el mayor valor a exportar es el modelo social. Pero quizá sí sea posible hablar de un mercado enorme con unos rasgos compartidos, o incluso de una concepción del desarrollo y crecimiento económicos que deben venir acompañados de la solidaridad y de una integración de las variables social y ecológica en los modelos económicos. La gran cuestión es entonces su perduración en el tiempo, su sostenibilidad.

La diversidad de concepciones se puso también de manifiesto durante los debates relativos al tercer gran tema que configuraban las Jornadas: el de las fronteras y los límites de Europa. Las fronteras varían según el tipo de organización europea a la que nos remitamos desde la propia Unión Europea hasta el Espacio Económico Europeo, pasando por el Consejo de Europa y sin olvidar asociaciones como la UEFA. Además, las fronteras van cambiando con la geometría variable realmente existente en la Unión Europea actual. Respecto de la cuestión de la pertenencia a la Unión Europea y los criterios de adhesión, se insiste en la conveniencia, mejor aún, en la necesidad de que sean racionales y objetivos.

Geopolítica y geometría variable

Desde la perspectiva de la cooperación entre Estados europeos, la Unión Europea es una versión más de las distintas formas de articular una organización internacional. Por supuesto que la Unión Europea es mucho más que eso, como lo percibimos cuando analizamos otras organizaciones europeas.

Hay, pues, distintas Europas. Los límites geográficos de Europa son distintos según la formación institucional en la que se repare, siendo las principales la Unión Europea y el Consejo de Europa.

Hasta el momento se han contemplado las geometrías variables como un mal menor, como un coste o precio político necesario para poder avanzar a distintos ritmos, pero con una misma meta. Sin embargo, la integración “a la carta” parece una realidad. Quizá sea también una oportunidad para los pueblos que deseen profundizar en la integración. Sin embargo, la actual reglamentación de las cooperaciones reforzadas obstaculiza estos propósitos.

Otra manifestación de la diversidad es la irrupción de un nuevo tipo de agentes: las regiones constitucionales, regiones administrativas, ciudades y redes. Este fenómeno apunta hacia un policentrismo, donde los centros decisorios pueden seguir siendo Bruselas y las capitales estatales, pero acompañadas de otras grandes ciudades o capitales nacionales o regionales como Edimburgo, Barcelona, Milán o Bilbao.

Pero persiste el riesgo de que ciertos territorios coincidentes con realidades sociopolíticas sólidas y consistentes carezcan de presencia activa por el mero hecho de no concebirse como unidades separadas o diferenciadas del Estado Miembro en el que se integran (caso de las naciones sin Estado propio y otras regiones constitucionales), o por ser pueblos olvidados y empobrecidos o carentes de recursos naturales y fósiles que ni aparecen en el mapa del mundo.

Se critica la ausencia de una auténtica política exterior. La cuestión es, en primer lugar, determinar si la Unión Europea es capaz de adoptar posiciones sin la unanimidad de los Estados miembros (algunos con políticas exteriores divergentes, incluso en el Consejo de Seguridad de la ONU); y luego, en segundo lugar, decidir cómo va a ser su política exterior.

De los debates surge la pregunta de si la Unión Europea debe ejercer su potencia blanda o "soft power" para reforzar el multilateralismo internacional y los partenariados con una agenda liberadora consistente en la lucha contra el calentamiento global, contra el tráfico armamentístico, contra la pobreza, ... o si por el contrario la dirigirá hacia la búsqueda de un liderazgo propio, con el riesgo de alejamiento del multilateralismo y consiguiente refuerzo del unilateralismo promovido en los últimos años por la administración de los Estados Unidos de América en la que prima una estrategia de seguridad nacional construida sobre una peculiar visión de los derechos humanos.

C- CLAVES OBTENIDAS DEL PROCESO DE REFLEXIÓN REALIZADO EN EUSKADI

De este primer proceso de reflexión realizado en Euskadi surge el siguiente **Decálogo de propuestas como contribución a la reflexión abierta sobre el futuro de Europa:**

1. La situación de crisis que ha dado lugar al nacimiento del Plan D (el resultado negativo en los referenda de Francia y Holanda y la suspensión en la práctica de los procesos de ratificación del Tratado por el que se establece una Constitución para Europa) es una realidad incuestionable. Voces que hasta entonces no habían encontrado cauce de expresión y no habían sido imaginadas por las élites han irrumpido en el escenario. Pero no es éste el único revés que ha vivido la construcción europea, y puede deberse también precisamente al hecho de que el proyecto de integración europea está intensificándose o, al menos, abarcando nuevas áreas y nuevos espacios. Por tanto debemos trabajar para transformar esta situación de crisis en una oportunidad.
2. El proceso de construcción europea iniciado en la década de los 50 del siglo XX ha permitido a Europa vivir el período de paz y prosperidad más largo de su historia. Precisamente, en Euskadi nos encontramos ahora ante un ilusionante proceso de paz, para el que se reclama el compromiso y la solidaridad de las instituciones europeas, de manera similar a como sucedió en el caso de Irlanda del Norte. Este anhelo de paz y convivencia es coherente con los valores comunes europeos reflejados en una Carta Europea de Derechos Fundamentales a la que debe dotarse de fuerza vinculante.
3. Además de valores, los ciudadanos europeos compartimos sólidos intereses comunes que tenemos que abordar juntos, como la política energética, el desarrollo sostenible, la política de inmigración, la inversión en I+D+i, la seguridad común y la defensa, por citar algunos. En este contexto se pone de manifiesto la importancia y utilidad del concepto de geometría variable, la integración "a la carta", que supone una oportunidad para los pueblos que deseen profundizar en la integración y una vía para la eliminación de las reticencias por parte de aquellos que prefieran optar por un ritmo

más lento. Una reforma en la reglamentación de las cooperaciones reforzadas contribuiría a desarrollar en la práctica este concepto.

4. El proceso de construcción europea en marcha es imparable, pero para ello el proyecto de la Unión Europea tiene que ser más eficaz, más eficiente y cohesionado con el fin de recuperar la ilusión de los europeos y europeas. Es aquí donde se pone de manifiesto la importancia de un correcto desarrollo y aplicación de los principios de la gobernanza. Para recuperar la ilusión popular, el prestigio y la legitimidad de la idea europea, debe cambiarse el paradigma fundacional. Europa debe de pasar de ser un contrato entre Estados a un contrato con y para los ciudadanos y los pueblos. Existe una clara necesidad de profundizar en la democracia interna y de crear espacios reales de participación de carácter europeo. La sociedad civil, los jóvenes, todos los colectivos en definitiva, deben contar con espacios de participación y sentirse protagonistas activos en los procesos de toma de decisión que construyen esta realidad que llamamos Europa. Es necesario además el liderazgo de los políticos europeos y el compromiso de los medios de comunicación. Por último, igualmente importante sería reforzar el papel del Parlamento Europeo como institución de representación de la soberanía popular.
5. La diversidad, al igual que la unidad, es un valor esencial de la sociedad europea, y ambos son exponentes de la existencia de una civilización común. La Unión Europea debe garantizar la supervivencia de esta diversidad de manera natural, sin imposiciones, pero también sin homologaciones forzadas. En este sentido, el desarrollo y aplicación del principio de subsidiariedad respetuoso con la diversidad, no sólo de los Estados sino de los pueblos que conforman Europa, resulta vital.
6. La unidad consiste realmente en la voluntad de conseguir ciertos objetivos conjuntamente sobre la base de valores compartidos, esencialmente los derechos fundamentales y un modelo de redistribución e igualdad de oportunidades. Siendo esto así, para lograr un mínimo de eficacia en la acción común, será necesario abandonar el principio de la unanimidad y su corolario del derecho al veto.
7. El derecho a decidir de otros estamentos diferentes de los estatales "strictu sensu" debe ser una de las claves para avanzar en la construcción europea. En este contexto, las regiones deben jugar un

papel cada vez más relevante, y desde el nivel comunitario deberían establecerse los mecanismos que refuercen el derecho de las regiones a actuar en decisiones europeas en el ámbito de sus competencias. Así mismo, se apunta una tendencia hacia el policentrismo, donde los centros decisorios pueden seguir siendo Bruselas y las capitales estatales, pero acompañadas de otras grandes ciudades o capitales nacionales o regionales.

8. Debemos también definir qué modelo de estado de bienestar deseamos mantener. Cuáles son los mínimos comunes que podemos tener entre los diferentes socios europeos, y por otra parte, cómo perfeccionar sus mecanismos de funcionamiento. Deben facilitarse las condiciones para un desarrollo económico, pero teniendo en cuenta los factores sociales, tecnológicos, medioambientales y educativo-culturales, que contribuyan a hacerlo sostenible. El modelo social y económico debe constituir para Europa la oportunidad para convertirse en líder de la globalización, ofreciendo a los demás sus valores democráticos y su modelo social y cultural.
9. El incremento del diálogo social contribuiría a una más justa distribución de los beneficios del crecimiento, así como a crear un mercado de trabajo más justo y transparente, pero todo ello acompañado de una apuesta por la innovación. Para ello se hace necesaria una mayor colaboración entre centros de investigación y empresas. Además, la formación, con una perspectiva de aprendizaje permanente, debe ser una de las claves para garantizar nuestro crecimiento a medio y largo plazo.
10. La construcción de la identidad europea puede y debe convertirse en elemento central de su proyección exterior. La política exterior europea difícilmente podrá alcanzar una mínima entidad que permita a Europa tener una voz en el mundo sin la existencia de una identidad común de todos los europeos. Debemos construir nuestra relación exterior de forma coherente con nuestros valores internos. Debemos ser un ejemplo y un modelo para el mundo, para hacer de éste un lugar más justo y solidario.